

I *Radeck*

— ¡Kileck! ¡Kileck, vamos despierta Kileck, ya ha amanecido hace rato! —. Entre una niebla de sueño y aún medio dormitando identificaba esa voz de niña buena y ese olor a lavanda fresca y rocío.

Con un esfuerzo mayor del necesario conseguí abrir los ojos confirmando que esa voz salía de los labios inocentes de Minka.

— ¡Nnnn! ¡No quiero levantarme Minka! —. Intenté protestar sabiendo que el éxito de esa estratagema no tendría otro fruto que un grito más alto seguido de un frío aterrador desde los pies hasta la nuca al notar que desaparecía mi manta de lana natural.

— Vamos Kileck, mi padre está a punto de volver de la mina, y sabes que no le gusta verte vagar.

— Aún es temprano, ¡hace frío! — dije medio gruñendo.

— No seas crio Kileck, mamá ha preparado ya los cereales y el pan de trigo y si no te levantas rápido se los echará a los animales y te quedarás sin desayuno.

— ¡No me importa! —mentí entre gemidos mientras volvía a recoger la manta de mis tobillos.

—Pues me comeré yo tus cereales y te quedarás pequeño para siempre —dijo Minka mientras luchaba conmigo para evitar que volviese a abrigarme otra vez.

Estirando una mano conseguí agarrar la muñeca de Minka.

—Tú tampoco vas a irte— dije mientras intentaba sujetar su otra mano.

—¿Ah sí?, ya veremos si puedes conmigo, soy dos meses mayor que tú.

En ese momento Minka consiguió soltar su mano y empezó a hacerme cosquillas por la tripa.

—Ja, ja, ja, Minkkaaa, paaraaa ja, ja, ja, paaaraaa ja, ja, ja, ja.

Entre carcajadas y pataletas intenté contraatacar, pero con poco éxito. Minka no era muy de cosquillas. El día empezaba muy divertido, y era una de las cosas que más me gustaban, poder jugar con Minka a todas horas.

—¡Minka, Kili! Vamos chicos dejad de jugar que tenemos muchas cosas que hacer hoy.

Era la voz de Durna, la madre de Minka y profesora de los dos.

A regañadientes dejamos los dos de jugar y aparecimos en la cocina, yo aún con las ropas que usaba para dormir.

Allí estaba Durna de espaldas cocinando el pan para el día. Durna comenzó a cantar una canción maravillosa, que se mezclaba con el canto de los pájaros y con el olor del trigo recién molido. Era imposible no quedarse embelesado escuchándola cantar.

—Cierra la boca para masticar Kili —dijo sin ni siquiera darse la vuelta—. Y date prisa en desayunar, aún tienes que vestirme antes de empezar con las matemáticas. Radeck está a punto de llegar y no puede verte así.

—Ya se lo dije yo madre, pero ya sabes que es un perezoso —contestó Minka mientras me miraba con gesto burlón.

— ¡No soy perezoso! —protesté—. Es que necesito descansar mucho para poder aprender más.

—Eso no es verdad, yo me levanto antes que tú y soy más lista.

—Mentira —respondí enrabiado.

—¡Verdad!

—Niños, parad ya de discutir y traer vuestras pizarras que vamos a empezar —nos ordenó Durna terminando una de las eternas regañinas que Minka y yo siempre teníamos para intentar no estudiar.

—Mamá, dile que yo soy más lista y que él es un perezoso. Por eso papá siempre se enfada con él cuando se pone a vagar.

Minka llevaba razón. A su padre no le gustaba verme sin hacer nada, aunque lo que quizás ella no veía es que tampoco le gustaba verme haciendo algo. Mi pensamiento era que no le gustaba yo.

Aún con esa sensación de desprecio, Radeck, que así se llamaba el padre de Minka, siempre me trataba bien si su esposa Durna o la misma Minka estaban presentes en la habitación. Era en los momentos en los que nos quedábamos solos cuando realmente me lanzaba aquellas miradas que obligaban a mi espalda a pegarse al asiento o me paralizaban si me pillaba de pie por las habitaciones de la casa.

Por mucho que yo intentase impresionarle, haciendo el papel de hombre de la casa cuando él no estaba en ella, nunca vi un gesto de aprecio por su parte. Aquello me hacía sentir muy incómodo, pero sus largas jornadas en la mina y el cariño de Minka y Durna suavizaban mi existencia hasta hacerla casi hogareña.

Radeck era un hombre corpulento y su aspecto hacía que la gente temiese sus reacciones. Yo le conocía sólo en el ambiente del hogar, donde ejercía el papel de padre y esposo de una forma ejemplar, pero hasta yo con mis once años podía ver que era una situación forzada por el cariño que le propinaba a su familia. Nunca sentí que Radeck quisiese que yo formase parte de aquella casa, como si hubiese sido una imposición.

Su expresión era dura, con la piel ennegrecida de las largas horas de exposición al pedregal y carbón que tampoco ayudaba a recibir un gesto de cariño al mirarle. Tenía un profundo mentón en el que se adivinaba una especie de barba también oscurecida por la vida del minero, aunque dejaba asomar algún que otro mechón canoso que luchaba por gritar al mundo el paso del tiempo y el castigo sometido.

Aún no sabría precisar la edad exacta de Radeck, pero en aquella época podría ser tanto un hombre de treinta y pocos como un caballero que rondaba los cincuenta, todo dependía de cómo imaginases si ganaba el castigo de la vida o la genética en la batalla por mostrarse a los observadores.

Su pelo también era negro, como el rincón más oscuro de un agujero infinito.

Al juntar toda la imagen de Radeck con el respeto que infundía bien se le podría tomar por un sombrío ser de entraña difusa. Sin embargo, la admiración también entraba en juego y la recibía y propinaba a partes iguales con aquellos a quien él consideraba de su familia.

Entre este círculo, nada numeroso, estaban Minka, Durna y Adam, mi padre. Como ya he dicho, yo nunca me sentí dentro.

Mi padre y Radeck eran compañeros de trabajo desde la infancia, habían crecido juntos y pasado su niñez trabajando codo con codo. Estaban obligados a ser casi hermanos. Ambos trabajaban en la mina sur de Essen, hasta que a mi padre le mandaron al frente.

En aquella época yo vivía con mi abuela paterna y con mi padre en una bonita casa a las afueras de Duisburg cerca del trabajo de mi padre, pero lo suficientemente lejos como para no percibir los ruidos y olores que las minas de Essen desprendían.

Con mi padre en la guerra, Radeck se ocupó de cualquier necesidad que mi abuela pudiese tener para criar sola a un niño pequeño. Mi abuela o como yo la recordaré siempre “Nana”, era dulce, amable, y aún con su edad desprendía vitalidad y energía. Cuando Nana te abrazaba entendías cual era el perfume de la primavera, pero el paso del tiempo sin mi padre la hacían envejecer a marchas forzadas. Yo tan sólo tenía once años, pero notaba como Nana pasaba cada vez más tiempo en la cama y ya no jugábamos tanto juntos, o no preparaba aquellos bizcochos caseros por los que los mineros de la zona la conocían. Entendí que Nana había enfermado, y que ella no podría ocuparse siempre de todo.

Esa situación me hacía sentir que, para mí, Radeck tenía tildes de héroe, de protector y en algunos momentos ocupaba el lugar que mi padre había dejado libre para que aún con la distancia, yo tuviese una figura paterna en la que refugiarme y de quien aprender a valerme por mí mismo.

Una mañana, como otra cualquiera, Radeck vino a casa para traer leche fresca y pan del día para que mi abuela y yo pudiésemos desayunar, sin embargo, aquel día aquel hombre que parecía más fuerte que la propia vida, salió de la casa mientras yo jugaba fuera con varias figuras de madera que mi padre me había regalado antes de marcharse, y sin ni siquiera mirarme, me cogió del brazo y me llevó a su casa.

Al día siguiente volví a casa con mi abuela, pero ella estaba en la cama con varias personas a las que debía conocer pero que no conocía. También estaba allí el doctor del pueblo.

Todos se fueron a excepción del doctor, que se quedó hablando con Radeck. Yo no acababa de entender toda aquella situación, ¿por qué el doctor no ayudaba a mi abuela?, ¿por qué Radeck no hacía nada?

Entonces, la actitud de Radeck cambió, se tornó hostil, se dirigió hacia mí, y me miró como nunca lo había hecho. Esa es la primera vez que recuerdo el miedo.

—Sube a la camioneta y espérame allí Kili —me ordenó.

—¿Vamos a la mina Radeck? —pregunté con mi inocencia natural—. Voy a decírselo a Nana.

—Karl, he dicho que subas a la camioneta ¡ya! —exclamó.

Nunca me había llamado Karl. Me habían llamado Kileck, o Kili en un ambiente más cariñoso. A partir de ese día, siempre me llamó Karl.

Aquel hombre me hacía percibir sensaciones que ni tan siquiera con mi padre en su modo más autoritario conseguía.

Aún recuerdo como llegué a la casa de Radeck, y también que no entendí que pasaba. Radeck apareció en casa de mi abuela una tarde-noche gélida y tras hablar con el médico cerca de la cama de mi abuela, me gritó, me cogió del brazo, me metió en su camioneta y me llevó a vivir con ellos.

Nunca volví a ver a Nana, y esperaba ansioso la llegada de mi padre para que él me llevase con ella y poder vivir los tres juntos otra vez.

Aquello jamás ocurrió y podría decir que mi infancia quedó atrapada en aquella pequeña casa a las afueras de Duisburg.